



Una artista elige su obra favorita: Natalia Rizzo y Helena, de Marco Evaristti



Diez batidoras enchufadas, con un pez dentro de cada una. Los visitantes son libres de ponerlas en marcha. Una obra interactiva. La instalación no permaneció el tiempo previsto, ya que fue desalojada antes del fin de la muestra por la policía, para salvar a los peces.

Elijo esta obra porque me sirve para debatir algunas problemáticas actuales del arte. Se llama Helena y es de Marco Evaristti, un artista chileno-danés.

Al pensarme viendo esta obra, no dejo de pensar en la resignación placentera que le generaría mi morbo a mis extraños. La intranquilidad y ansia de querer ver qué pasa si aprieto el botón. Supongo que a muchos se les ha hecho inevitable preguntarse si podrían oprimirlo, y si al hacerlo, la licuadora efectivamente hace añicos a los peces.

En todos nosotros, humanos, existe una secreta pulsión de matar, que se ve seducida por este dispositivo-obra; sin embargo, la simple posibilidad de ejercer este acto de punitivo absolutista despierta extrañas connotaciones en los espectadores. Uno podría ser el sádico intranquilo que mete el dedito, el morbosito que se queda mirando, o tal vez encare al ético carquisita que se retira, hace un escándalo e intenta parar la obra, que o-cultamente es más sádico que nargano y pretende lavar sus culpas sobre lo que acaba de imaginarse, entre otros.

Podríamos decir que Evaristti propone un paralelismo entre la realidad cínica y destructiva del hombre y la realidad de la fisiónomía superficial del arte. ¿A dónde nos conducen estos dos caminos cruzados? ¿A dónde nos conducen casi todos los caminos? A la asonómica muerte. Y cuando pienso en la muerte del arte, pienso en algunos artistas que matan al arte, a la muerte misma.

Morir por el arte, es un concepto en el que vengo pensando. Mucho artista medio, de clase media, pelagra de ser indigente, además muere y mata por el arte y lo termina matando todo en ficciones. Se caga de hambre. Este individualista para mí es un artista desheredado, sin capacidad económica propia de producir su obra, hecho que le genera hacer cualquier cosa por concretarla, incluso promisionarse con las instituciones para incrementar su nivel de visibilidad, para al menos tener la esperanza de conseguir su volapantuso valor apegado algún día y salvarse. Pretender conseguir el valor agregado es como esperar ganarse la lotería. Una excepción a la re-

gla que es la regla misma. "A fulano le pasó, me puede pasar a mí." (En realidad, fulano tiene apellido, amigos, "contactos", en muy pocos casos fulano tiene flor de mediocre suerte.) Yo prefiero recuperarlo pluvial.

Cada vez más me hago una pregunta que algunos se hacen desde hace años, y que en artistas como Roberto Jacoby, por ejemplo, atraviesa su obra entera: ¿quién cuernos es un artista? Y además: ¿de qué vive? ¿De dar clases, de manejar un taxi, de producir eventos culturales? Y si vive de otra cosa que no es el arte mismo, ¿es artista? (Los artistas somos trabajadores? Muchos artistas podrían tomarse como trabajadores, pero para ello deberían cobrar por su trabajo, cosa que no suele suceder. Todos en una muestra cobran por su trabajo, el curador, el montajista, el productor, la persona que limpia, los que dirigen o administran las instituciones, los programadores, los críticos, la prensa, etcétera. Todos menos los artistas, que a veces hasta pagan por exponer y otras gustan-pagan mucho dinero en la producción de sus obras. Y, ¿por qué los artistas siempre pagan? Pagan tal vez porque subliman en obras pulsiones sexuales, dolores, lo que los aqueja o consume; o tal vez porque no entendemos siquiera que estamos pagando o porque la mayoría de los colegas lo hacen...)

"Mientras tanto en Ciudad Gótica..." Mientras tanto, hay otras tantas maneras de hacer arte, de poseer como tipo de prácticas artísticas, fuera de las instituciones, a la vista del que quiera detenerse a mirarlas, tocarlas, participar en ellas. Ya me estoy yendo lejos...

En fin, ¿cómo termina el caso de Evaristti? Termina con que el artista hizo un acuerdo con Gene Huthorn, un preso yanqui de Texas, acusado en 1985 y condenado a muerte, a quien se le adjudica el asesinato de su padre, madrastra y hermanos. Huthorn ha accedido a ser congelado luego de su ejecución, y posteriormente transformado en comida, con la que el público podrá alimentarse a unos peces en un acuario. El artista se comprometió, a cambio, a finalizar la aplicación del preso mediante la venta de dibujos realizados por él en prisión.

El asesinato sigue siendo legal en algunos lugares. Lo curioso es cómo los que hacen que Helena se levante por el peligro que corren los peces, ahora que es un ser humano el que se convierte en comida, no hacen nada.

Los invito a pensar el arte colectivamente en: el Clú, CIA, la Oficina Proyección, Lipuz, el ciclo *Cantales de espanto* en radio La Tribu, el grupo Escríbete, la calle, cualquier lugar, etcétera. Busquen, hay más. ☺

MARCO EVARISTTI

Nacido en 1963 en Santiago de Chile, vive en Dinamarca desde los años '80. Tras estudiar en la Real Academia Danesa de Bellas Artes, cobró notoriedad por esta obra, *Helena*, en el año 2000, cuando fue exhibida en el Trippholt Art Museum de Kolding, Dinamarca. El director del museo, Peter Meyer, fue acusado (y luego absuelto) del cargo de crueldad hacia los animales. El artista dice que *ésta* fue otra proyecto sobre el tema de la fugacidad insensuosa de la belleza: la "delgada línea entre la existencia y la nada". Su siguiente gran obra fue en 2004, un proyecto titulado *Le Cube Project*, para el que pidió de rojo la punta de un pequeño iceberg, para esto utilizó dos rompehielos, una tripulación de 20 hombres, tres mangueras y unos 3 mil litros de pintura. En enero de 2007 invitó a sus amigos más íntimos a una cena en la que el primer plato consistió en agnolotti con una albóndiga hecha de la grasa del propio animal, removida tras una liposucción ese mismo año.

www.marcoevaristti.com.ar www.livelihood.com.ar